

MARIA
TERESA
LEON

MEMORIA
DE LA
MELANCOLIA



Relato de las experiencias humanas, políticas y literarias que María Teresa León afrontó durante los años de la República, la guerra y el exilio. *Memoria de la melancolía* se revela como una obra que aporta nuevos elementos para comprender la vida de más de una generación de españoles y la difícil situación en la que vivieron los intelectuales y artistas españoles en el exilio, y por ser la autobiografía de una mujer excepcional.

Todos son palabras y colores dentro de mí que ya no sé muy bien qué representan. Me asusta pensar que invento y no fue así, y lo que descubro, el día de mi muerte lo veré de otro modo, justo en el instante de desvanecerme.

Puede que esté inventando o que pinte sin saberlo y con ansia un muro, como hacen los niños de las calles de Roma, donde dejan manos sueltas o bocas o caras espantadas o mensajes de amor entre estrellas. Lo cierto es que todo lo que estoy escribiendo no tiene ni deseo de perfección ni de verdad. Lo que yo vi es el jardín cerrado de lo que yo sentí. A veces me da vergüenza no decir nada mejor o más, no gritar con rabia porque la ira se me quita como si de pronto la lluvia me lavase los recuerdos o alguien me dijera: ¿Para qué la venganza?

Yo sé que se han escrito muchos libros sobre los años irreconciliables de España. La guerra dejó su historia cruda y descarnada. Las batallas se cuentan ya fríamente e igual sucede con las diferencias políticas. Se han evitado las palabras tristes en los libros para dejar las heroicas. No sé si esta sequedad la encontraréis justa. Yo me siento aún colmada de angustia. Habréis de perdonarme, en los capítulos que hablo de la guerra y del destierro de los españoles, la reiteración de las palabras tristes. Sí, tal vez sean el síntoma de mi incapacidad como historiador. Pero no puedo disfrazarme. Ahí dejo únicamente mi participación en los hechos, lo que vi, lo que sentí, lo que oí, todo pasado por una confusión de recuerdos. No he evitado cuando lo creí necesario llamar pobre a mi España ni desgraciado a mi pueblo ni desamparados a los que padecieron persecución ni desesperados a los que sufrieron tantas enfer-

medades de abandono. Es mi pequeño ángulo visual de las cosas. Somos los que quedamos gentes devoradas por la pasión de la verdad. Sé que ya en el mundo apenas se nos oye. Siempre habrá quedado el eco, pues el único camino que hemos hecho los desterrados de España es el de la resignación.

Pero feliz el pueblo que puede recuperarse tantas veces para sobrevivir. Es el orgullo del desdichado, lo sé. Tal vez pretendiéramos lo imposible, pero seguiremos andando hasta que todo se desvanezca o se ilumine.

Nos dirán que somos obstinados. Pero ¿quién se atrevería a hacer la crítica de los sentimientos que nos ayudaron a vivir? Tal vez yo no debería haber escrito este libro, pero escribir es mi enfermedad incurable. Puede que los españoles tengamos la pasión de la desdicha. Subimos descalzos por las piedras –«unos cayéndose y otros levantándose»–. ¿Conseguiremos –o conseguirán los que nos siguen– llegar al lugar donde el aire libre suprime la cruz y el calvario?

*Las cosas de los mortales
todas pasan,
si ellas no pasan somos nosotros
los que pasamos.*

LUCIANO DE SAMOSATA

Llegaba decidida a todo, a abrazar las esquinas, a besar el asfalto, a encontrar hermosas las miradas, las sonrisas, los pasos, los maniquíes de las tiendas, las puertas rotas, los remiendos de las fachadas caducas y vencidas, olfateadas de perros, frotadas de gatos y ausentes de palomas. Había decidido dentro de sí la urgencia de agarrarse con las dos manos a todo lo que había huido desde tiempo remoto, pues todo para ella había consistido en llegar, cambiar, echar a andar, encariñarse e irse. «Las cosas de los mortales todas pasan...».

Desde niña, desde muy pequeña la habían zarandeado bien con aquel padre militar que se cansaba de todo y pedía un nuevo destino y estaba contento unos años y luego languidecía y se iba agriando. Niña de militar inadaptada siempre, no niña de provincia ni de ciudad pequeña con catedral y obispado y segunda enseñanza... con amigas de paso y primaveras acercándose cada año a la niña, coloreándola, obligándola a crecer y a estirarse. La vida parecía hecha para acomodar los ojos a cosas nuevas: veraneos, parientes y luego a comparar: esto es mejor que lo otro. Aquí las nubes pasan más de prisa. Tonta, es el viento. Lluve menos. Las iglesias se caen de feas. No me gusta rezar. ¿Y los chicos?

Los chicos eran siempre iguales, torpes, engreídos de serlo, audaces, candidatos inexpertos al premio mayor. Bah, nada. Manos largas. Ya no los recuerda. Los rostros han huido. Eran los chicos, el beso, la punta del pezón apretada, la mano por la pierna... ya no recuerda nada: apenas algún temblor, el viento que miraba desde lo alto de los árboles, los ojos de las cosas reprochándole al re-

gresar a casa... Y los relojes que la madre detenía para esquivar el tiempo y la abuela los ponía en marcha uno después de otro, para mortificar. Se han disuelto las imágenes pero no las voces. La niña sigue oyendo frases enteras, están ahí las lamentaciones por el padre fiel, la lucha contra la polilla del rostro que va avanzando y se ve en los espejos, el grito de la ira, la disputa... ¡No vayas! Voy. ¡Es peor! No puedo soportarlo. Todas lo hemos soportado. Yo, no. Imbécil.

Las voces solas se han quedado dentro. Mejor no oír-las. Tapizarse los oídos, subirse las sábanas hasta los ojos, huir de aquello que amarató su vida. Por favor, cierra la puerta. No quiero oír mi infancia. ¡Qué lástima no haber sido retrato mudo como los de aquellas lejanas señoras con plumas de avestruz, que saludaban como los caballos de las carrozas en los desfiles que nos llevaban a contemplar! Álbum viejo, roto, deslucido, húmedo de lágrimas, lágrimas de errores castigados, palabras indiscretas y la mala fe que rodea a los niños para evitarles sufrimientos... dicen. Aquella muñeca grande, grande, que rompieron ellos al discutir y me aseguraron que aquellos ojos, caídos dentro de la cara de porcelana rosa, eran mi culpa por haberme dormido, abrazándola... ¡Mi culpa! Entonces no existían perros de terciopelo y sí únicamente servilletas con las que un tío, de cuando en cuando, fabricaba conejos que yo creía eran los que cría el campo, tan vivos eran, con sus orejas, su piel, su rabito y hasta los ojos, dos alfileres negros. ¿Cómo podían ser de otro modo los vivos? Se dejaban acariciar en fila todas las servilletas-conejo sobre la mesa mientras el tío desordenaba platos y cubiertos, asomando con la risa sus dientes idénticos como las teclas del piano que mi madre no tocaba ya. Los conejos estarán unidos para siempre a la bulla, a la risa, al olor de la buena cocina y a la doncella que se ruborizaba cada vez que servía al señorito, que era militar. Detrás de ese olor quedaba el de mi madre, heliotropo o violeta, o el de mi abuela,

sándalo o madera orientales o el del mirador abierto sobre unos jardines y una iglesia y un hospital donde los oficiales del ejército convalecían. Era hermoso ver tanto cielo los días de tormenta, metidos los chicos en el cajón de agua que resbalaba el mirador, sentados, silenciosos, graves, casi viejos, contemplando la ira de las nubes y dentro del almita una ligera duda de si nuestros pobres pecados pequeñitos no habían sido los desencadenadores de aquel zigzag de fuego que arrastraba un trueno en cada cola. Aquella imagen del misterio celeste con todo su complejo de culpa, regresaba a ella cada vez que debía enfrentarse con la encarnizada batalla de las nubes los días de tormenta. Tata María prendía la vela de los trisagios al fondo de la alcoba, sobre un mueble, al pie de un San José que nos habían asegurado era milagroso como un buen hombre pobre que no tiene nada que dar. Los chicos recibíamos el beneficio de la humedad por las naricillas tiernas, sensibles a los grados eléctricos de los rayos y las centellas, sabiendo que, si los truenos se espaciaban de la chispa, llegando después del deslumbramiento del relámpago, ya no podrían hacernos ningún daño.

Era una calle que terminaba bien. Los declives bajaban hasta un río minúsculo y por las cuestas iban plantando árboles y poniendo césped. En las tardes, el sol cruzaba el chorro de las mangas de riego y nosotros contemplábamos atónitos el arco iris. Poca vida pequeña. Paseos. Un cestillo con algo para comer a media tarde. Un poco de reposo en algún banco. Conversaciones en francés, niños que no se atrevían a acercarse a nosotros. Juegos tontos, olvidados. No era de buen tono detenerse a mirar cómo jugaban los otros chiquillos, empeñados en meter bolillas de colores en un hoyo. Ni desear los refrescos de los puestos de horchatas, que en verano se multiplicaban por el paseo. A veces conseguíamos detener al barquillero. ¡Oh, *ces enfants!* Y regresábamos con un larguísimo bastón de obleas en equilibrio. Decididamente no sé hablar

de felicidad ni de desgracia. Todo ha naufragado. Lejanamente una muchacha vuelve a casa con los ojos turbados por lo que vio, y la mano, oculta dentro del guante, le parece de plomo. No sabe cuándo ha sucedido el encuentro ni cuándo ha crecido ni cómo ocurrió algo tan brusco, tan inesperado. ¿En qué azotea? ¿Entre ropa tendida o trastos viejos amontonados? No sabe. ¡Qué mal te has peinado esta noche para venir a la mesa! No me gustan hoy tus ojos. ¿Tienes fiebre? Sí, tenía fiebre. Le dolía la mano, la córnea de los ojos. Como no podía pensar, bajaba la mirada. El plato debía estar lleno de una sopa excelente, pues todos la celebraban y su madre iba diciendo su contenido. Excelente, pero tenía que comerse con la cuchara agarrada con la mano derecha... ¡Dios mío! ¿No había una mano especial para ciertos descubrimientos? La cuchara de plata le daba náuseas. ¿No te gusta la sopa? Está exquisita. Ojalá estuviera tan buena a diario. ¿A diario? No, no por Dios. A diario, no. ¿Qué le pasa a esta niña? Y la muchacha nueva apretó los muslos. ¿No quieres comer? ¿Estás mala? Ya habrás comido en el parque castañas pilongas. Se llevó la mano a la cabeza. La cuchara cayó sobre el plato haciendo gritar la porcelana. A ver si, además, rompes el plato. ¿Me puedo levantar? Sí, vete. Nadie intervino. Todos andaban ocupados en sus cosas. Yo, también. Yo me fui derecha al baño a vomitar mis descubrimientos. Fue una protesta contra lo que no entendía. Se me aligeró la mano. Me metí en la cama, junté bien los muslos... ¿Cómo se llamaba el muchacho? Poco a poco no me importó cómo se llamaba.

Aquella calle tenía cocheras. La chica rubia del 4.º duplicado hacía volver la cabeza a los cocheros y a los que almohazaban los caballos. A veces esos hombres sucios se vestían de gala y montaban en los pescantes orgullosamente. Un poco más allá estaba el palacio de una infanta. Se oían toques de cornetas cada vez que se le ocurría salir. La calle confinaba en el horizonte con una finca real.

Abajo de los desmontes corría el tren, se echaban los residuos de la ciudad y se agrupábanlos mendigos. Cuando los mendigos subían las cuestas hacia las casas del paseo y las calles rectilíneas, llamaban por el amor de Dios a unas puertas difíciles de abrir. A veces se detenían en los atrios de las iglesias a tender la mano que ya no les servía para trabajar ni para comprobar las primeras gotas de la lluvia ni para acariciar a una mujer... Eran manos únicamente buenas para pedir, recibiendo unas monedas sobadas de valor escaso. El ciego las mordía para probar que no le estaban engañando... Más lejos había una fábrica de luz. Producía un ruido de oleaje. Los obreros tenían el descaro de piroppear a las criadas, mientras los albañiles en los andamios de las casas en construcción piroppeaban, desde su altura, a las señoritas. Eran los días en que los guantes del colegio parecían más azules y se iban quedando cortos en los dedos. No venga así. Esa falda no le tapa ni dos dedos por debajo de la rodilla. Debe llegar hasta el filo de la bota. ¿Entiende? Sí, madre. El colegio tenía una puerta dispuesta a tragarnos. Nos dejaban ante ella y la hermana de turno tiraba de una cuerda y se abría misteriosamente. Entrábamos y aún había una cancela de cristales que cerraba un zaguán enorme de palacio, pues un palacio era. Echábamos a correr para no sentirnos chicas, chicas y solas, miradas por los cuadros negros de santos y santas heroicos, capaces de soportar el frío. Alcanzábamos las escaleras, los corredores, llegábamos a la sala de estudio. Todo el palacio de la princesa se había convertido en colegio. La princesa era tuerta. Tenía un ojo tapado con un trocito de terciopelo negro sujeto por cintas. La habían retratado en toda su belleza estricta y justa. De pie, tal como era. Yo levantaba mis ojos y la veía como campanilla preciosa recamada de lujo y una carita pequeña, interrogante: ¿Y Felipe? Allí la página de la Historia de España se cerraba para nosotras. Nadie nos quería contar el secreto de la princesa. ¿Y eso de Felipe? Calla, me susurraron. Y mis-

teriosamente me pasaron un papelito de pupitre a pupitre. Tonta, no. Piensa en Antonio Pérez. ¿Pérez? ¿Y Felipe? No, en un plebeyo. Parece broma. ¿Qué? Que parece broma. Pero no lo era... Otras veces los ojos se le apartaban de las matemáticas, para ir subiendo hasta la golilla de la princesa. ¡Qué bien recamado estaba el traje! Mujer digna de un rey. ¿Qué dices? Esa señora del cuadro no puede ser lo que tú insinúas. Volaba el papelito y regresaba. Cretina, me lo ha dicho mi padre, que es de la Real Academia. Entonces era cuando a la muchacha se le subía el rubor al rostro. Ese rubor que no vuelve a sentirse. ¡Ah! ¿Con que así eran las princesas? El papelito pasaba a otras manos y a otras y a otras con la honra de la princesa de Éboli. La chica sabihonda se reía con su hociquito de conejo y escribía como si copiase lo que la monja profesora escribía en el pizarrón. *Mes chères enfants, un peu de silence. Carmencita, prenez bien les notes.* Sí, sí. Cuando el papelito volvió al cobijo de mi mano estaba escrito: era una puta.

Llegaba la tarde. El murmullo de las acompañantes llenaba el zaguán. Salíamos llamadas por el número que nos clasificaba. Sentíamos miedo. ¿Y si hoy no me viniesen a buscar? ¿Si se hubiesen olvidado de mí en mi casa? ¿Dónde está el reloj? ¿Todas van saliendo? ¿Y yo? Cuando salga, iré corriendo por la calle. Quiero descalzarme, ponerme... ¿Me llaman? Ya no hará sol. Por Dios, que llegue esa mujer. 82. Yo, yo, soy yo. ¡YO! El 82 sale con la cabeza alta y, sobre ella, un sombrerillo de fieltro azul, contra la cara, dos largas trenzas rubias, una cartera en la mano, al correr le chillan las botas, los ojos de la muchacha son grandes, más dorados, más grandes cuando llega esta hora de la tarde y la sonrisa es transparente y de felicidad distinta. Andando, *mademoiselle*. ¡Está libre! Se abre la puerta. Ni siquiera dice: adiós. Enfrente del palacio hay una parada de carros. En la esquina... En la esquina, recortado por la luz de la tarde, el muchacho que la espera siempre... Baja los ojos al cruzarse con él, agarrada al brazo de la acom-

pañante. *Vous me faites du mal*. Sin querer... Sí, sin querer... Y sigue por la calle inventando el nombre del que la mira. ¿Se llama Manuel? No, no, es horrible si se llamase Manuel. Y se echa a reír sin dar cuenta de qué a la señorita que sigue protestando: *Mais voyons! Vous ne faites que des sottises ce soir*. Eso no le hace gracia.

Todo sumergido en pequeños fragmentos que a veces no fraguaban bien. Únicamente los sonidos regresaban a ella: voces, palabras, murmullos, acentos, músicas. Cuánto ruido guarda la memoria. Más que imágenes. Las imágenes se le han desordenado, encimándose unas a otras. Cambia los nombres, los acontecimientos, las fechas... no tiene juicio sobre nada de lo que ocurrió, solamente una gran piedad. No le gusta sentirla, ni que se le llenen los ojos de lágrimas...

Había llegado a la ciudad decidida a besar las fachadas.

Años y años sin hacerlo. Años y años sintiéndose expulsada, rechazada, herida por los aleros y los balcones y los filos de las puertas y las calles asfaltadas nunca suyas y todo siempre huyéndola... Se le había caído el alma, la había perdido, la encontró diseminada y rota. Recogerla no era cosa de minutos ni de horas ni de vida... Se llenó de bilis hasta el borde. Ya tenía bastante con eso de la compasión o de la piedad. No quería que nadie le tuviese lástima. ¿Por qué no se acababa todo, se olvidaba, se abrían las puertas, se rayaban las fechas históricas con un lápiz definitivo como en su colegio, igual que se pasa de una lección a otra? El último grano de la tierra española se le había caído de los zapatos. Ya no conservaba nada, ni el largo pelo rubio ni los ojos brillando en la libertad de la tarde ni las calles ni aquellas casas en donde te respondían al llamar: adelante, ni la ciudad resbalada por dentro ni el contorno de una geografía... ¡El último granito de tierra! Poco a poco las imágenes de su memoria se le volverían huidizas, blandas. Memoria para el olvido, por favor.

No me dejen ante una ventana extranjera, mirando. Entre ellos y ella había algo incomunicable como una noticia que ha dejado de serlo. Bah, de eso ni se habla. Pero ella quería hablar y no sentirse flotando levemente sobre las aceras de las ciudades extrañas concurridas y menos borrarse para los ojos de los transeúntes y que ya no la viera nadie. Sintió terror de que le hubieran cerrado los postigos de la ventana, de las ventanas de la vida y que hasta su nombre fuese dicho con cierta precaución, pues se arriesgaba el buen concepto de una clase social a la que no gustan los interrogatorios policiales. Durante años, únicamente sus amigos judíos comprendieron su soledad y hubo un momento en que creyó podría fabricarse un mundo de esperanzas, teja a teja. Luego...

Luego, sintió que la expulsaban de la sociedad como un objeto maligno debajo de la piel de los muy bien sentados. Era para que sintiera cómo se detenía su corazón. ¿Otra vez andar? ¿Hacia dónde? ¿No había sido ya bastante? Por eso, cuando apareció la ciudad, sintió deseos de besar las fachadas y las esquinas y el asfalto y los vidrios de los balcones y acercar su sed de justicia al agua de las fuentes, acariciar el gato transeúnte y encontrar el hueco del olvido dejado para ella en las calles menos transitadas. Una patria, Señor, una patria pequeña como un patio o como una grieta en un muro muy sólido. Una patria para reemplazar a la que me arrancaron del alma de un solo tirón. Si eso sucediese, mis ojos llorarían como recién nacidos el llanto más cálido que los ojos humanos pueden proporcionar. Y pasaría después entre las gentes y las cosas porque... Dejé en el suelo mis cansancios y me senté. ¡Una patria! Agarré la mano siempre amada. Temblaba un poco. Nos quedamos mirándonos. Y nada más...

Ahora atravieso todos los días en Roma una puerta almenada, luego saludo a Pietro, a Ferruccio, los dueños del bar y, antes de tomar la cuesta de Via Garibaldi, vuelvo los ojos hacia una casita pequeña, intocable, donde está hoy el restaurante Rómolo. Retrocedo muy lejos hasta Madrid, un Madrid grande para mis ojos pequeñitos y voy hacia la calle de la Princesa por donde pasaba un tranvía que nos llevaba a los chicos a patinar a Parisiana. Recuerdo vagamente que Parisiana era un lugar donde se patinaba de día y se bailaba por la noche. En no recuerdo qué altura nos encontrábamos con la Historia de España representada por una estatua donde dos buenos mozos, Daoiz y Velarde, creo que nos guiñaban el ojo para decirnos: Somos los héroes. ¡Mira que quedarnos aquí mientras los otros van a bailar a Parisiana! Claro que yo aún no tenía noticia del 2 de mayo. Pero una tarde, al ir a patinar, una señora me acarició, besándome. ¿Y esta niña de quién es? El tranvía se balanceaba demasiado y yo caí sobre ella mientras mi acompañante daba el nombre de mi padre. Pues felicite usted al padre y a la madre, dijo graciosa la señora. Luego mi padre y mi madre repetían vanidosamente que aquella señora era una cupletista famosa a quien llamaban la Fornarina, por la que un poeta, Enrique de Mesa, había voceado su entusiasmo sin suerte por las cumbres del Pular. Hoy, cuando entro en la casita española del restaurante romano, la imagen de la cupletista española, bellísima, dicen, y muerta en flor, se me cruza con la Fornarina que ayudaba al tahonero su padre en este lugar, mientras Rafael Sanzio de Urbino amasaba pintura con sus pinceles mágicos y nos dejaba a la panadera fija en los museos para siempre.

Es como si yo no perteneciese a ese país del que leo los periódicos y, sin embargo, no han variado ni el formato ni el papel ni, seguramente, los lectores. Siento todo fuera de mí, arrancado, como si hubiera sido un sueño puesto sobre la mesa, impreso en hojas. Las mismas letras, el mis-

mo idioma que se mezcla como si yo fuera aquella misma que aprendió a juntar las sílabas en ese lugar donde aún se estampa el mismo periódico. Estoy como separada, mirándome. No encuentro la fórmula para dialogar ni para unirme. Una muchacha se me aleja. ¿Sabe a dónde va? Siento angustia. He sentido muchas veces angustia al mirar, sentados junto a mí, a seres que dicen son mi gente y no los reconozco. Bien quisiera reencontrarlos, recibirlos como si fueran los miembros que me faltan para agarrar la vida, pero no puedo, se resbalan hacia lo que ellos conocen y yo no, tan distinto es todo de lo que a mí me dejaron las horas de la vida. Me encuentro como paralizada. Mi parálisis se comenta, se critica y hasta se canta.

Es que es la de tantos... Doy un golpe seco sobre mi corazón y todo enmudece. Entonces no sé si es la mano o el corazón lo que me duele o si los que me miran se ríen al comprender lo que yo no comprendo de mí misma. Han pasado gentes, ríos, tiempos, mares, lluvias y soles sobre mí. Me asusta mirarme a los espejos porque ya no veo nada en mis pupilas y, si oigo, no sé lo que me cuentan y no sé por qué ponen tanta insistencia en reavivarme la memoria. Pero sufro por olvidar y cuando se me despeja el cielo o me abren la ventana, siento que me empujan hacia adelante, hacia la pena, hacia la muerte. Entonces prefiero ir hacia lo que fue y hablo, hablo con el poco sentido del recuerdo, con las fallas, las caídas, los tropiezos inevitables del espejo de la memoria.

Y otra vez empiezo a andar hacia los lugares donde estuve y que se me presentan tan sin orden como a la gente al despertar y veo a la muchacha que baja la escalera y abre el portón y sale a la noche. ¡Alerta!, escucha. Y oye que responden: ¡Alerta está!, y la detiene esa voz que se pasea toda la noche por la cárcel, interrumpiendo el sueño de la pobre gente y quitando el aliento a la muchacha que conoce lo que son las mazmorras medievales y el veneno y la copa ardiente y la rueda y las horcas y el empala-